

## INFORMACION

POR

ANDRÉS SALGADO y RUIZ TAPIADOR

En el Congreso de L'Office International des Oeuvres de Formation Civique et d'Action Culturelle selon le Droit Naturel et Chrétien, celebrado en Lausanne en 1965, el profesor de la Universidad de Lieja, Marcel de Corte, en su ponencia, constataba:

“El término información no es siempre sinónimo de noticia o actualidad... La información propende a cubrir toda la extensión de cualquier rama del saber y aun de todo conocimiento científico... Así, la información, de acuerdo con el sentido moderno de la ciencia, está en camino de convertirse en el conocimiento de lo nuevo, y por otra parte, a causa del empleo incorrecto del término, en el conocimiento de lo real, la verdad, el conocimiento exacto.” (Verbo, núm. 41, págs. 9 y sigs.)

El origen de este concepto sobre la información es el afán de poder, de poder absoluto del hombre sobre el hombre: dominar su alma (cf. Donoso Cortés “Discurso sobre la dictadura”, Verbo, núm. 8, págs. 31 y sigs.). En el editorial del primer servicio (5 de julio de 1969) de la Agencia Informativa de Colaboraciones CIO (c./ Orfila, 3. Madrid), se pueden leer estas palabras, que nos sirven para comprender mejor la constatación de Marcel de Corte, anteriormente citada:

“La opinión pública reviste hoy una importancia extraordinaria y tiene el derecho y el deber de informarse de fuentes realmente fidedignas. No siempre ocurre así, porque la subversión está actuando en todo el mundo y trata de infiltrarse en todos los terrenos de la información. Como ha descrito Jesús Iribarren, “La averiguación de las más profundas apetencias instintivas de individuos y masas: la determinación *hic et nunc* de las ideas

o cosas que se les querrian imponer de modo que quedaran al mismo tiempo satisfechas aquellas apetencias; la creacion de necesidades nuevas; el montaje de una conciencia de culpabilidad, con miras a una persuasion coercitiva que seria liberadora; la sustitucion de realidades por sus simbolos, suministrando éstos en lugar de aquéllas; la invasion de la personalidad profunda entregando el mensaje informativo por vias inconscientes o subconscientes, son otros tantos capitulos de cualquier moderno manual. De la conjuncion de psicología social y psicoanálisis han salido igual los slogans publicitarios que los procesos de lavado de cerebro; y en ese mundo tiene que desenvolverse, quiéralo o no, el periodista de hoy."

Las técnicas de conquista de la mente humana han avanzado vertiginosamente y el lavado de cerebro se viene realizando a escala universal sin necesidad de torturas ni de drogas. Las ideas, convenientemente alineadas y dosificadas científicamente, pueden realizar una labor más fructífera que los procedimientos de tortura física o psíquica: el hombre puede ir envenenando su mente poco a poco, hasta llegar a idolatrar a sus mismos asesinos espirituales."

Este comportamiento descansa en el concepto dialéctico de la relación entre poder y libertad. En este ambiente en el que la información deformante proyecta adueñarse del hombre entero, introduciéndose en su vida más íntima, con los medios audiovisuales de comunicación; en este ambiente, tenemos que desarrollar nuestra actividad de propagadores de la doctrina católica. La Iglesia, por expresa voluntad de Cristo, tiene por misión fundamental la salvación eterna de los hombres, para lo cual recibió el mandato de predicar el Evangelio a toda criatura para que creyendo y obrando conforme a esa fe se salve (cf. Mc. 16, 15-6 y Mt. 28,19). Iglesia somos todos los cristianos en comunión con ella y, por tanto, a todos nos obliga el mandato de Cristo en la medida en que nos ha dado sus talentos (cf. Mt. 25, 14-30), es decir su gracia: tenemos que negociar (cf. Lc. 19,13), guardando la proporción jerárquica con que Dios ha repartido los carismas

dentro de su Iglesia, porque cada grado jerárquico es intrínsecamente insustituible por los otros.

¿A qué viene todo esto en un coloquio sobre información? Sencillamente a poner los puntos sobre las íes para que no caigamos en la tentación de inmiscuirnos en el terreno propio del sacerdocio, con el sofístico argumento de que hay que salvar a la Iglesia. No, no tenemos que salvar a la Iglesia porque la Iglesia no puede fallar (Mt. 28,20). Por el contrario, es la Iglesia la que nos tiene que salvar a nosotros (Lc. 16,16) y nosotros tenemos que hacer todo lo posible para que nuestros hermanos no deserten de la Iglesia y los que no están dentro de ella se acojan bajo su sacramento salvador.

La información revistió siempre una importancia capital, pero hoy, debido al enorme desarrollo de los medios de comunicación de masas, la tiene mucho más. El Concilio Ecuménico Vaticano II es la aplicación de la perenne doctrina católica al caso concreto de nuestras circunstancias, por lo que no podía desentenderse de los múltiples problemas que la información presenta para un católico. Estudiemos a fondo los documentos conciliares y, en nuestro caso, el que expresamente se refiere al tema: Decreto *Inter mirifica* sobre los medios de comunicación social.

\* \* \*

La Ciudad Católica consiste en proporcionar una formación cívico-doctrinal católica, poniendo en marcha una acción doctrinal con miras a formar a los hombres de la ciudad terrestre en la verdadera doctrina, para que hagan de esta ciudad humana una ciudad católica. Habría que explicar más esto, pero creo que, a los que estamos aquí, esta brevisima y deslucida caricatura de lo que es la Ciudad Católica nos bastará para mostrarnos el camino a seguir dentro de la Iglesia, según los métodos de la Ciudad Católica.

Las divisiones dentro de la Iglesia están causando mucho daño a las almas. Mientras se traiciona a la Iglesia desde dentro, los fieles nos dividimos en discusiones sobre cosas accidentales y

no somos capaces de ver que, muchas veces, nuestros métodos de acción no son excluyentes, sino complementarios.

La Ciudad Católica tiene mucho que hacer en todas partes, a todas horas y en cualesquiera circunstancias (cf. "La acción" de J. Ousset, IV parte). La información, para nosotros, es sinónimo de difusión de la doctrina católica y, hoy, Cristo nos pide un redoblado esfuerzo: Primero, intensificando el trabajo de estudio formativo personal y en grupo y, después, negociando con lo recibido. Este negociar, este difundir por toda la sociedad la doctrina de la Iglesia, no es misión de la "Ciudad Católica" como tal —y aquí radica algo de lo específico del método de la "Ciudad Católica"—, sino de sus amigos. Por ello, no podemos encerrarnos en nuestra célula sólo para reconfortarnos al calor de lo que allí aprendemos y asimilamos. Allí tenemos que nutrirnos bien para luego salir a la intemperie de la vida social. Preparémonos con el estudio en nuestras reuniones, pero luego hay que negociar con esos dones inestimables que Dios nos da. En la familia, en el trabajo (cualquiera que sea), en nuestra convivencia social, en conferencias, en revistas, en periódicos, con estilo ágil y conciso, vayamos metiendo las chispas que irán derritiendo los témpanos del error.

Don Pablo León Murciego —antiguo profesor mío de literaturas clásicas—, dice en su magnífica obra "La lectura":

"Se piensa, se siente y sigue la acción; es un hecho inconcuso que al mal pensamiento sigue el mal deseo; al extravío de las ideas, el desorden de las pasiones, y al torbellino del error la tempestad que conmueve y derrumba el edificio social. Por eso ha afirmado Bacon que las ideas gobiernan al mundo, y La Harpe que los escándalos filosóficos han preparado y producido los escándalos revolucionarios, y Balmes que las ideas deciden tarde o temprano de los destinos del mundo. Consecuencias necesarias e inevitables todas, porque los hechos, como lo demuestran palmariamente la Filosofía de la Historia y la Historia de Filosofía, no son otra cosa que la encarnación y cristalización de las ideas."

"Siembra una idea —continúa diciendo mi antiguo profesor de literatura— y recogerás un sentimiento. Siembra una idea y un

sentimiento: la cosecha será una acción. Siembra una buena acción, y adquirirás una costumbre. Siembra una buena costumbre y adquirirás salud, carácter, hombría de bien. Siembra esas cosas y consecarás personalidad, influencia, méritos abundantes ante Dios y ante los hombres.”

¿Cómo podemos realizar esto?

Nosotros no podemos aspirar a organizar grandes medios de comunicación de masas, ya que ni podemos, ni creo que sea lo que necesitamos en estos momentos, porque entrar en la palestra en que se mueve la “contestación” sería dialectizar la Religión —cosa que nos está vedada por principio— y supondría caer en la trampa de combatir al enemigo en un terreno en el que, por ser específicamente suyo, lleva todas las de ganar.

Los momentos actuales de confusión nos exigen acciones de información y de difusión muy concretas, capaces de religar a las personas comprometiéndolas en un ideal vivo, lo cual no puede hacerse con las grandes planificaciones que requieren hoy día los grandes medios de comunicación de masas.

Por otra parte, tenemos que huir de un peligro que nos acecha: el de pararnos en el plano intelectual de la verdad, porque si no la proyectamos eficazmente con una adecuada difusión, se producirá (en algunas partes ya se ha producido) el cansancio, aburrimiento y, por último, el desánimo de muchos de los mejores.

El enemigo se ha apoderado de bastantes de los medios de comunicación de la Iglesia, precisamente porque no siempre se ha tenido en cuenta, en el apostolado, la doctrina católica de los cuerpos intermedios. No basta con disponer de una cabeza infalible (el Papa), y de unos corazones infinitamente abrasadores (el de Cristo y su Madre), pues el cuerpo —la Iglesia, cuerpo místico de Cristo— no es sólo cabeza, ni sólo corazón, ni sólo ambas cosas a la vez. Todos los demás miembros tienen que estar entrenados en la realización de lo que ordena la cabeza, y los distintos órganos preparados para recibir la irrigación lanzada desde el corazón.

El Concilio Vaticano II —repito— ha sido consciente de esto

y en sus documentos encontraremos mucha luz para nuestra acción doctrinal.

Pero, en concreto, ¿qué puede hacer un amigo de la "Ciudad Católica"?

Existen una serie de grupos y publicaciones que, con algunas deficiencias —muy comprensibles—, se mantienen fieles al Magisterio y están realizando una labor buena. Lo primero que hay que hacer es conocerlas. Y puesto que la doctrina de la Iglesia tiene muchas aplicaciones prácticas, se necesita actuar esa doctrina en todos los terrenos a la vez. La misión de los amigos de la Ciudad Católica consistirá en colaborar con esos grupos y publicaciones. Tenemos en nuestras manos la mejor revista intelectual católica que se publica en España —VERBO— y una serie de obras maravillosas que figuran en el catálogo de la editorial SPEIRO. Pues bien, hay que estudiar cada número de esa revista y cada una de las obras mencionadas, asimilarlas, para luego difundir esas ideas por todos los medios —pocos o muchos, pequeños o grandes, a nivel alto, medio y de mayoría—. Es éste un trabajo imprescindible y tan urgente, que es inaplazable.

¿Preguntáis todavía, qué se puede hacer?

Conocer las publicaciones que contienen sana doctrina, buscar suscripciones a las mismas, así como toda la ayuda material que sea posible; reclutar colaboradores que escriban en estilo llano y con brevedad para el gran público, etc. En una palabra, consolidemos estos pequeños medios de que disponemos porque —repeto— no se trata de salvar a la Iglesia, sino de ayudar a los católicos a protegerse del ciclón que quiere arrancarnos de la Iglesia. Sólo difundiendo la doctrina entre todos los que estén a nuestro alcance, capilarmente y con procedimientos muy sencillos y variados, podremos salvar del temporal a muchos: si en el desierto nos sorprendiera un aguacero, sería insensato ponerse a planear la construcción de refugios; lo único factible y más sencillo, sería sacar el máximo partido a los impermeables de que dispusiéramos.

Queridos amigos, os he dicho que conozcáis las publicaciones que expongan la auténtica doctrina católica; procurad que cada

amigo vuestro se suscriba a la publicación que más se adapte a sus necesidades, que compre el libro que más a propósito creáis para él en un momento dado. No esperéis a que los directores de las publicaciones os pidan que consigáis suscriptores; conseguidlos *motu proprio*, que no se trata de encuadrarse en un grupo, sino de difundir la Buena Nueva por todos los medios a nuestro alcance. No esperéis a que la Iglesia nos diga que trabajemos en este sentido, porque la Iglesia nos lo ordenó desde que entramos en ella por el Bautismo y el Concilio Vaticano II nos ha urgido para que cumplamos este mandato de Jesús. Nuestra misión es ésta y no la de inmiscuirnos en los problemas que la Jerarquía nos tiene que dar resueltos porque nadie más que ella puede resolverlos. Arreglemos nuestros asuntos de seglares católicos, que en su solución no puede suplirnos la Jerarquía: son muchas las cosas que podemos hacer sin que necesitemos especial mandato de la Iglesia. En ponernos a realizarlos consiste la mayoría de edad del seglar dentro de la Iglesia.

Permitidme, para terminar, un ejemplo práctico de lo que es necesario hacer con los magníficos estudios que nos proporciona VERBO y los libros editados por SPEIRO, para transmitir lo que en ellos aprendemos:

En los números 71-72 y 77 de VERBO aparecieron dos estudios sobre la producción agrícola en función del tipo de propiedad (privada o colectiva) de los medios de producción y de consumo. Allí se daban datos muy significativos sobre la producción en los medios privados y colectivos de los países comunistas, y de las grandes sociedades y rancheros en Norteamérica. Sólo con extraer de esos estudios unas breves notas estadísticas, sin meterse en más consideraciones, habremos expuesto a la consideración de los demás lo justo de la doctrina católica sobre los derechos y deberes de la propiedad privada: cómo ésta es legítima y no está al servicio del egoísmo, sino al del propietario y al de la comunidad al mismo tiempo.

Yo, por mi parte, estoy a vuestra disposición en CIO, S. A., que además de editorial es Agencia Informativa de Colaboraciones, y creo que las otras publicaciones también están esperando

vuestra colaboración. Siempre podrás hacer algo, tengas la edad que tengas y aunque estés abrumado por el trabajo. Siempre podrás rezar, siempre podrás decir a Cristo y a la Virgen: ayuda a mis amigos a quienes yo no puedo ayudar en el trabajo que realizan para mayor gloria tuya.